

transcurso del año, íbase anudando más fuerte el lazo que los unía y les parecían más seguros los castillos en el aire que para el porvenir se forjaban. En los ratos de ocio calculaban sus ahorros, el tiempo que en servir les faltaba para reunir la indispensable cantidad. Nadie presumía que cada día se desarrollaba tanto en él como en ella una ardorosa y vehemente aspiración á la libertad y un ardiente deseo á la vida independiente. De no ser así, no tratarán de largarse de aquella finca, en donde vivían sin quebraderos de cabeza y recibían un decente salario, comida y las prendas de vestir. Pero sus aspiraciones tendían á la vida solitaria.

Rehusaron, en uno de los veranos, continuar sirviendo, y todo el mundo trató de disuadirles. La gente les decía: allá en el desierto aprieta el frío, vendrán las deudas y la prole numerosa, para convertirse en mendigos, y de no remediarlo Dios pronto os arrepentireis. Pero no les hicieron mella estas objeciones. Cinco años enteros lo habían calculado y meditado, y su decisión era irrevocable. El cura debió amonestarles para realizar su aspiración en el próximo otoño.

En el invierno siguiente, sin embargo, vivían en la aldea. Guillermo carpinteaba en casa é iba de una á otra finca de la parroquia como jornalero. Ana hilaba y ayudaba á las mujeres en su trabajo manual.

Por la Pascua del venidero año se celebró el matrimonio. Los gastos del mismo costeóles su antiguo amo, y el propio cura dióles la bendición en la sala grande de la finca. Despidiéronse los recién casados, y mientras se alejaban contemplábalos el cura por la ventana, y meneando la cabeza con aire pensativo dijo:—Pueden intentarlo puesto que son jóvenes, pero no se roturen los lugares desiertos con el capital de un mozo y de una criada.

Razón tenía el párroco, y no obstante con capitales semejantes han sido poblados los desiertos de Finlandia.

Nosotros, la juventud de la parroquia, acompañamos á nuestros antiguos amigos á su nueva residencia. Era en largo día de verano y fuimos por el verde bosque y por la noche bailamos en la nueva habitación. Las tablas del suelo no eran sólidamente ajustadas y las vigas sobresalían por los ángulos sin orden alguno. El pequeño campo señalado estaba sin cultivar aún; pero en el declive de la colina verdeaba ya el centeno entre troncos consumidos de árboles. La novia encendió fuego en el terreno roturado, y por primera vez ordeñó su vaca. Sentados en una piedra Gui-

lermo y yo, bajo los apagados rayos del sol de tarde, la contemplábamos atareada sin haberse quitado su traje de boda.

El no dudaba de que prosperarían. «Claro, si conservaban la salud y no vinieran las terribles heladas.» Y como si presintiera lo que yo pensaba, añadió: «Realmente es la laguna fuente de heladas, pero si uno aplicadamente se menea, haremos retroceder el bosque, y si el sol da lugar, después..... ¡El caso que se nota el frío, pero ven el próximo verano y verás!»

Ni el próximo verano ni en el siguiente me fui por allá. Debo confesarlo: los había olvidado. Una vez que retornado á mi hogar pedí por ellos:—Han debido contraer muchas deudas—respondió mi padre, á lo que mi madre añadió:—Ana ha perdido la salud.

* * *

Trancurrieron muchos años. Yo me había convertido en estudiante, y al pasar los vacaciones en mi patria, cogía la carabina y el perro y echábame al campo á cazar.

Un nuboso día de Octubre rondaba yo por el bosque y di con un angosto sendero que me pareció reconocer. Empezaron á caer muchas gotas. Seguíame el perro por el camino, perezoso. De pronto empezó á gruñir y después á ladrar violentamente. Oyóse delante de nosotros el pataleo de una caballería, y en una de las vueltas del camino se hizo visible. Iba entre dos pértigas, cuyas puntas se arrastraban por el suelo. A través de las mismas estaba sólidamente ligado un ataúd. Trotando seguía Guillermo como el arador detrás del arado. No podía estarse quieto para conservar el equilibrio de la carga. Aparecía pesaroso y sus mejillas se le habían vuelto pálidas, y su mirada lánguida y muerta.

Sólo cuando pronuncié mi nombre me reconoció en seguida.

—¿Qué traes en ese ataúd?—le pregunté.

—Mi esposa muerta—contestó.

—¡Muerta!

—Si, muerta.

Seguí preguntando, y comprendí que los sombríos presentimientos de la gente se habían cumplido.

Compareció el frío, no faltaron las deudas, abundaron los hijos y sobrevino á la mujer terrible enfermedad, que le ocasionó la muerte.

(Continuará.)

